



La literatura: inagotable fuente de reflexión para la Psicología

El artículo que aquí se presenta corresponde a la ponencia que sustentó el autor durante el II Foro Nicolaita de Psicología. Matute es Licenciado en Psicología por la Universidad de San Carlos en Guatemala, y ha incursionado con éxito en la literatura. Ha recibido premios nacionales e internacionales en cuento, poesía y novela. Entre sus publicaciones destacan: "Palos de ciego", "El problema psicosocial de la ceguera", "Cuentos en carreta", "Sueños cóncavos", "Ciudad ausente", entre otras.

Mario René Matute

La psicología como parte del quehacer intelectual del ser humano, ha llegado a constituir un cuerpo de conocimientos cuyo objeto, método y contenido, se determinan esencialmente por la posición filosófica de quien la organiza, la estudia y la enriquece. De ahí, que tanto en su teoría como en su acción, la psicología, lejos de mostrarse como un aposento unitario y definitivo del pensamiento y la práctica científicos, aparezca como una suma de corrientes, de escuelas, de interpretaciones...

Sea cual fuese la concepción del mundo, del ser humano, de la vida que el psicólogo ostente, requiere necesariamente de fuentes de conocimiento que enriquezcan y orienten su reflexión teórica y su accionar práctico. La primera de esas fuentes es, obviamente, el ser humano mismo, vale decir, el individuo, los grupos y la sociedad en su conjunto.

Así, la persona que hace psicología busca encontrarse con sus semejantes para descubrir lo explícito, lo encubierto, lo difuso, lo maravilloso, lo furtivo, lo insano, lo aberrante, lo trágico, lo misterioso que el ser humano porta en su conciencia y en su no conciencia.

La otra gran fuente

La literatura, en todas sus ramas, se abre *inagotable*, como un espejo sorprendente de las virtudes, las miserias, las pequeñeces y las grandezas de lo humano. Acudir a esa fuente como un recurso de indagación y conocimiento, se convierte de este modo para todo psicólogo, en una *inexcusable* actitud de búsqueda y revelación.

La literatura, desde la poesía hasta la narrativa, tocando el teatro, la crónica, la fábula... refleja eso que se *denomina*

"alma" del ser humano, dentro de cualquier cultura y de cualquier momento de su existencia. Es entonces un camino obligado para penetrar en todos los secretos, los encantos, las simplezas y complejidades de lo humano.

Hay que advertir que arrimarse a la literatura pertrechado de interpretaciones puramente psicologizantes, supone de antemano el riesgo de clasificar y calificar a los personajes, las situaciones, los acontecimientos, dentro de un marco rígido y dogmático. Para percibir la literatura en toda su significación de mensaje emotivo y regulador, es imprescindible despojarse de todo prejuicio intelectual, por firme y convincente que parezca, y entrar en el mensaje con el ánimo virgen y la sed intelectual de conocer y disfrutar de la comunicación entre el autor y el receptor, que es donde se produce el acto íntimo de la creatividad.

Más tarde vendrá la valoración y la interpretación de lo leído. Entrar en un mensaje literario es vivirlo, calificarlo es un acto desde fuera, que debe apoyarse en otros conocimientos y valoraciones ordenados conforme las concepciones del lector.

Puede ser que una obra de arte conmueva positiva o negativamente al espectador desde el primer momento, ello sólo es una respuesta natural a los estímulos que presenta el objeto frente al sujeto. Vivir la atracción o el rechazo para luego analizar el origen de esa respuesta, es un acto de autoconocimiento que al psicólogo le interesa especialmente.

Acudir a la literatura, palpar al unísono en sus registros más sensibles y cautivantes, constituye el encuentro de dos realidades espirituales que se requieren mutuamente.





De un lado la vertiente del receptor, siempre dispuesta a incorporar nuevos conocimientos y nuevas emociones; por otro lado, la corriente emisora, ofreciendo el accionar de su palabra, en perpetua disposición de ocupar con su fuerza, la conciencia, la axiología y la emotividad de aquel, invitándolo a tomar nuevas posturas frente al mundo. Simultáneamente el psicólogo se encuentra frente al mundo mismo al cual debe enfrentarse para ubicarse lo mejor posible en él, armado con sus recursos (que su experiencia, su aprendizaje en el conocimiento científico y sus adquisiciones del terreno artístico le proporcionan), ya sea para intentar "cambiar al mundo", o para ubicarse en él sin contradicciones morales o ideológicas y con la menor dosis de dolor y renuncia que consiga.

Si la literatura como expresión artística y reflexiva se muestra ante los espíritus necesitados de conocer el entorno humano de todos los tiempos, como la posibilidad de que su discurso deje al descubierto las vivencias de los seres humanos en las circunstancias de cualquier índole, le otorga a ese riquísimo e inagotable ámbito del pensamiento creador, una función de brújula y de linterna de los más íntimos anhelos de los aficionados a la lectura.

En ese público amplio y heterogéneo, ocupan un lugar preferencial quienes perciben la realidad del ser humano como un objeto digno de escrutarse y entenderse, y por supuesto, en la primera línea de ese sector, los psicólogos como permanentes interrogadores de los acontecimientos subjetivos y objetivos del pensamiento, los sentimientos, las memorias, los proyectos, las condiciones en que tales fenómenos se producen y determinan la existencia humana.

Dicho con mayor concreción. Para una auténtica intención psicológica, el acto de penetrar en la literatura, ya sea consultándola o produciéndola, es una acción metodológica que favorece el conocimiento y la aproximación a lo humano, ya que incluso en aquellas obras que formulan ámbitos, acontecimientos, personajes de profunda ficción, se detecta la inteligencia y el poder organizativo y creador de la imaginación; aunque algunas veces para la física, la biología o la matemática y cualquier otra ciencia estricta, pueden comprenderse como "irreales". Lo mismo ha ocurrido con las expresiones surrealistas, aunque sus raíces vienen de muy lejos, ya que la imaginaria de todos los tiempos ha creado esas realidades que aparecen originalmente en la mente, los sentimientos y especialmente en el espacio onírico de los humanos, lo que debe comprenderse como objetivación de ámbitos existentes fundamentalmente en el universo mental de quien los propone y de quien los capta a través de la lectura o cualquiera otra manifestación artística. Así, vienen a surgir como estímulos sui géneris que operan sobre los sentimientos y sobre mucho del funcionamiento fisiológico de quienes reciben su presencia.

Así, la energía que puede mover una idea puramente imaginaria, como la de las supersticiones o las creencias mágicas, son capaces de crear profundo miedo y

Así, la persona que hace psicología busca encontrarse con sus semejantes para descubrir lo explícito, lo encubierto, lo difuso, lo maravilloso, lo furtivo, lo insano, lo aberrante, lo trágico, lo misterioso que el ser humano porta en su conciencia y en su no conciencia.

poner en funcionamiento a las glándulas endocrinas excitando o inhibiendo zonas del sistema nervioso central en un complejísimo trabajo de neuronas, neurotransmisores, y demás órganos y sustancias involucrados. Además, hay que considerar su influencia en las sensaciones, las emociones y movimientos corporales que responden a la situación general del organismo.

Comprendiendo el método como la manera de abordar el objeto de estudio, hay que precisar que en ese abordaje el sujeto se apoya en alguna concepción del mundo y de las cosas y fenómenos que lo integran. Así, la observación del hombre y de su conciencia, como de sus relaciones sociales y de la cultura en que éstas se producen, nos permite, no sólo comprender las categorías que componen esa realidad, sino valorarlas y captarlas en su proceso de formación, desarrollo y concatenación con muchos otros sistemas del universo.

Aparece ahí el fenómeno de la conciencia, como reflejo de la realidad y como producto de la evolución de la materia viva. Tales tópicos aunque vienen del quehacer meramente científico, se nos revelan con una elocuencia menos adusta y mucho más sencilla en los mensajes que configuran toda pieza literaria.

